

Tenia á la sazón Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange, cincuenta y dos años, y llevaba diez y seis haciendo la guerra á España: fué el primero que enarbó la bandera de libertad para los Países Bajos, atreviéndose contra el poderosísimo rey de Castilla, manteniendo constantemente la lucha contra cuatro gobernadores reales de la reputación del duque de Alba, del comendador Requesens, de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, llegando en alguna ocasión á dominar en quince de las diez y siete provincias flamencas, y teniendo la audacia de deponer por edicto público al rey de España del señorío de los Países Bajos. Su entierro fué el más suntuoso y magnífico que se había visto jamás en aquellos países, y con dificultad habrá sido llevado al sepulcro con más pompa ningún soberano. Excusado es decir que los escritores protestantes se deshacen en elogios de las cualidades y virtudes del príncipe flamenco (1). Los historiadores católicos no le niegan prendas de valía, al lado de muchos y muy reprehensibles defectos (2).

En medio de la general consternación que produjo, y del desconcierto también general en que parece debió dejar á las provincias rebeldes la muerte del de Orange, todavía desdenaron volver á la obediencia del rey de España; y queriendo dar una prueba de su tesón y un testimonio de su veneración y afecto al príncipe que acababan de perder, juntos los estados en Amberes acordaron dar á su segundo hijo Mauricio (3), joven de escasos diez y nueve años, pero de grandes esperanzas, casi las mismas dignidades que á su padre, confiriéndole el título de grande almirante de la Confederación, y el gobierno de Holanda, Zelanda y Utrecht.

Comprendió con esto el de Parma que no había ya otro medio de vencer la obstinación de aquellas contumaces provincias que el de hacer con todo vigor la guerra, y á ello se decidió, ejecutándolo de la manera maravillosa que veremos en otro capítulo. Anunciase un nuevo período en la revolución de Flandes.

Baltasar Gerard. Y con motivo de haberse suscitado en los diarios de aquel reino la disputa de si el documento es original ó copia contemporánea, el director de aquellos establecimientos ha publicado recientemente un folleto, en que después de exponer las razones que pueden inducir á creer lo uno y lo otro, no se atreve todavía á resolver la cuestión. Inserta una copia de la confesión, que empieza: *Je, Baltazar Gérard de Villaffans en Bourgoigne, sçavoir faits á tous qu'oy heu en volonté, des sans poutre six ans, et mesmement des le temps que la paix de Guant fut rompue et violée par Guillaume de Nassau, prince d'Oranges, de tuer et occire icy de Nassau, etc.*

El cardenal Bentivoglio dice que de su confesión no se sacó sino que había muerto al de Orange de su propia voluntad, y creyendo servir más á su Dios que á su rey. Añade, sin embargo, que desde que el rey declaró rebelde al de Nassau, se encendió en su pecho el deseo de quitar la vida al enemigo de su querido y natural señor, y decía á sus amigos: «Yo vengaré á mi príncipe.» «Oyólo muchas veces (concluye Bentivoglio) mi padre Pedro Varen, que sirvió á Felipe II, llamado por su tío, que era mayordomo del Estado y sumiller de la casa.»

(1) No hay sino leer los que le prodigan Meteren y Watson.

(2) «Concurrieron igualmente en él, dice Bentivoglio, la vigilancia, la industria, la liberalidad, la facundia, y la perspicacia en todo negocio, con la ambición, con la fraude, con la codicia, con la osadía, con el transformarse en todos los naturales; acompañando estas buenas y malas cualidades con todas las que enseña la más sutil escuela del mandar. En las juntas públicas y en toda otra suerte de pláticas ninguno supo más disponer los ánimos, torcer las opiniones ó colorir los pretextos; acelerar los negocios ó detenerlos; y en suma, con mayor artificio aventajarse. Fué más estimado en el manejo de las cosas civiles que en la profesión de las militares. Varió de religión como de intereses. Niño en Germania fué luterano. Pasando á Flandes se mostró católico. Al principio de las revueltas se declaró fautor de nuevas sectas, si bien no profesor descubierta de alguna, hasta que últimamente le pareció seguir la de halagaban, como mas contraria á la religión católica profesada del rey de España.»

Lo que no tiene duda es que no perdió nunca de vista su particular interés, y que aspiró siempre, aprovechando las revueltas, al título de conde soberano de Holanda y Zelanda, cuyas provincias parece que de secreto le había dado en feudo el duque de Alençon, y cuyas ciudades, á excepción de dos, estaban dispuestas á revestirse de aquella autoridad.

(3) El mayor, conde de Buren, aun se hallaba detenido en España, donde recordará el lector haber sido traído de orden de Felipe II arrancado de la universidad de Lovaina y de los brazos de su padre en el principio de la revolución.

CAPÍTULO XVIII

FLANDES

Alejandro Farnesio.—El conde de Leicester

DE 1584 Á 1588

Las provincias rebeldes ofrecen su soberanía á Enrique III de Francia.—No la acepta.—Alejandro Farnesio renueva la guerra con energía.—Memorable cerco de Amberes.—Puente sobre el Escalda.—Medios admirables que se emplearon para su construcción.—Recursos extraordinarios de los sitiados.—Navíos monstruos.—Revienta y estalla una de estas enormes máquinas.—Horribles efectos que produce.—Destrucción y reparo del puente.—Diques, contradiques, inundaciones.—Batalla en los campos inundados.—Sangriento combate sobre el dique.—Triunfo de Alejandro Farnesio y los españoles.—Capitulación y entrega de Amberes.—Rinde el de Parma durante el cerco las principales ciudades de Brabante.—Generosidad y moderación de Farnesio.—Ofrecen los Estados su soberanía á la reina de Inglaterra.—Respuesta de Isabel.—Envía al conde de Leicester, su favorito, con ejército auxiliar.—Confírenle las provincias la autoridad suprema.—Prosigue Farnesio sus conquistas.—Flojedad y poca inteligencia del de Leicester en la guerra.—Mal gobierno del inglés.—Disgústase con él los Estados.—Vuelve á Inglaterra.—Justas quejas de los flamencos á la reina.—Resolución que toma Isabel.—Vuelve Leicester á Flandes con nuevos refuerzos.—Sitio y toma de la Esclusa por el de Parma.—Cobardía del inglés.—Graves disidencias entre ingleses y flamencos.—Regresa Leicester á Londres.—Hace dimisión del gobierno de Flandes.—Reflexiones.

La muerte del príncipe de Orange era el acontecimiento más favorable á los fines de Felipe II, como el más fatal que podía haber ocurrido á los rebeldes flamencos. En el conflicto en que estos quedaban, suficiente de sobra para desalentar á otro pueblo menos decidido en la defensa de sus libertades y menos perseverante en sus resoluciones, comenzaron á tratar á quién habían de dirigirse en busca de amparo y apoyo, rechazando ó desoyendo á todo el que les hablara de reconciliación con España. Fluctuando entre el rey de Francia y la reina de Inglaterra, esperando algunos más del francés, aunque católico, por estar tan vecino y ser hermano del de Alençon, otros más de la inglesa, aunque más distante, por ser protestante como ellos, decidieron al fin á apelar á Enrique III de Francia, á quien al efecto enviaron una embajada solemne. Mas no lo hicieron tan de prisa que no se adelantara á prevenir y deshacer sus manejos el embajador de España en aquel reino, don Bernardino de Mendoza, hombre despierto, diligente y mañoso; de modo que cuando los comisionados de Flandes llegaron á hablar á Enrique, este monarca, ya de por sí irresoluto y débil, por mas que hubiera querido vengarse del favor que Felipe II dispensaba á los Guisas, y por mas que los flamencos buscaban su apoyo en la reina madre Catalina de Médicis, no se atrevió á darles sino una respuesta ambigua y unas esperanzas inciertas.

Diversos y aun contrarios eran también los pareceres en la corte y en los consejos del rey. La reina madre, sentida de su repulsa en Portugal, de buena gana habría suscitado embarazos á Felipe II en Flandes; pero deteníase ante la consideración de cierta conveniencia en que el monarca español siguiera protegiendo á los Guisas y al de Lorena contra los hugonotes, porque esto podría traer la sucesión del trono de Francia á sus nietos los hijos de su hija Claudia casada con el de Lorena. Representaban unos al rey lo poco decoroso que aparecería á los ojos del mundo ver á un monarca católico dar favor á los herejes súbditos de otro monarca católico, y lo peligroso que era distraerse en atenciones de fuera cuando no se podían sofocar las turbaciones de dentro; mientras otros le halagaban con la idea del gran poder que adquiriría la Francia con la posesión de Flandes, y con el temor de que si les negaba su arribo se entregaran á la Inglaterra, potencia siempre mal vista de los franceses. Después de vacilar el rey entre estos y otros discursos decidióse al fin á contestar á los flamencos, que las inquietudes de su nación no le permitían dividir las fuerzas de la monarquía, pero que en desembarazándose de ellas aplicaría su cuidado á amparar á sus vecinos y amigos.

Entre tanto el duque de Parma, vista la pertinacia de los

flamencos, resolvió, como apuntamos en el anterior capítulo, proseguir con todo vigor la guerra. Faltábale reducir las principales ciudades de Brabante, Bruselas, Gante, Malinas y Amberes. Y como le hubiesen llegado ya los viejos tercios de España que dijimos haber pedido, desembarazados de la guerra de Portugal, determinó, contra el consejo de los más de sus generales, sin dejar de hostilizar todas aquellas ciudades á un tiempo, poner formal cerco á Amberes, pensamiento que se miró como temerario y arrojado en demasía, y emprendió el célebre y famosísimo sitio. Famosísimo le llamamos, pues como dice un historiador italiano al ir á tratar de este cerco, «nunca con más pesadas moles fueron enfrenados los ríos, ni los ingenios se armaron con más osadas invenciones, ni se peleó con gente de guerra que en más repetidos asaltos hiciese más provisión de destreza y de coraje. Aquí se echaron fortalezas sobre los arrebataos ríos, se abrieron minas entre las ondas, los ríos se llevaron sobre las trincheras, luego las trincheras se plantaron sobre los ríos, y como si no bastara solo el trabajo de atacar á Amberes, se extendieron los trabajos del general también á otras partes, y cinco fortísimas y potentísimas ciudades se cercaron á un mismo tiempo, y dentro del círculo de un año al mismo tiempo se tomaron.»

Tratábase de una ciudad fuertísima por el arte, y defendida por el caudaloso Escalda, con castillos construidos en sus riberas, abierta á la protección de las provincias marítimas, y siendo las fuerzas navales de los flamencos muy superiores allí á las de España. Cercar la ciudad por tierra, cerrar los ríos por los cuales se comunicaba con las ciudades vecinas, talar las campiñas de estas, atacar los fuertes del Escalda y construir otros á su lado, operaciones eran que admiraban, pero que comprendían al menos los generales del duque de Parma. Lo que á todos pareció un pensamiento más ideal que realizable, fué el de echar un puente sobre el ancho y profundo Escalda, de arrebatao corriente. Rióse cuando lo supo Philipo de Marnix, señor de Santa Aldegundis, que gobernaba y defendía á Amberes, y sin embargo, la ejecución de este pensamiento fué lo que colocó á Alejandro Farnesio en la alta categoría que ocupa entre los genios militares.

Para proveerse de los materiales que necesitaba, combatió, asaltó, y tomó á Termonde (agosto, 1584), tierra abundante de arbolado, bien que le costó la sensible pérdida del valeroso maestro de campo Pedro de Paz y la del veedor general Pedro de Tassis. Dió, pues, principio á su obra clavando á las márgenes del río los árboles y vigas llevadas de Termonde. Continuaba mofándose el de Marnix, diciendo: *Locura es por cierto querer cerrar de esa manera un río de dos mil cuatrocientos pies de ancho y sesenta de profundidad. Sepa Alejandro que así sufrirá el Escalda los grillos de ese puente, como sufrirán los flamencos el yugo de los españoles.* La estacada, sin embargo, se iba formando en ambas orillas al abrigo de los fuertes. Clavábanse los postes de trecho en trecho hasta donde lo permitía la profundidad del agua, y trabábanse con vigas colocadas horizontalmente, cubiertas con tablas atravesadas que formaban el suelo del puente. A los lados servían de valla unos gruesos tablones impenetrables á los tiros de mosquete y altos de cinco pies. A cada extremo se construyó un castillo capaz de contener cincuenta hombres. De la parte de Brabante tenía la empalizada novecientos pies de longitud, doscientos de la parte de Flandes, y quedaba en medio del río un espacio vacío de cerca de mil trescientos, por no permitir estacarle la profundidad y la rapidez de la corriente.

Abierta no obstante la comunicación de Amberes con el mar por el río, por tierra con la ciudad de Gante, así la obra como los operarios habían sufrido entorpecimientos, molestias y descalabros, y era menester privar á los sitiados de la comunicación y auxilios de los ganteses. Esto fué lo que hizo el de Parma, cercando y rindiendo aquella rica ciudad, patria de Carlos V, con condiciones harto más suaves y generosas que las que le hubiera otorgado en otro tiempo el duque de Alba, pero cuya conducta captaba al de Parma no poco partido entre los flamencos. Con algunos navíos de Dunkerque y otros más que le proporcionó la conquista de Gante, determinó Farnesio cerrar el hueco del río que quedaba entre las dos estacadas. Mas como no pudiesen aquellos pasar sin su-

frir los fuegos de Amberes, hizo romper el dique del Escalda, é inundando aquellas tierras las aguas que por la cortadura salían, surearon por encima de las tierras los barcos de transporte, y después de algún choque con las naves de Amberes, llegaron aquellos al río. Pero un reducto que levantó Tiligny, hijo del general francés La Noue, frente á la cortadura del Boxcht, cerró el paso á otros navíos de Gante.

Necesitó, pues, la fecunda y atrevida imaginación del Farnesio inventar otro camino, que fué abrir una zanja de catorce millas de longitud, por donde fueran las aguas de la inundación á comunicar con el riachuelo Lys, que en Gante entra en el Escalda. El mismo príncipe, establecido en Beveren, activaba la obra y tomaba parte en ella manejando la azada ó la pala como un soldado ó un jornalero (noviembre, 1584). La obra se concluyó con una celeridad admirable, y ya pudieron ser llevados de Gante sin obstáculo bajeles, máquinas y materiales para acabar de cerrar el puente del río. De veinte en veinte pasos se pusieron hasta treinta y dos barcos, trabados entre sí con cuatro órdenes de cadenas y maromas, sujetos á las extremidades de cada empalizada, y con vigas entre nave y nave, con su parapeto ó pretil de gruesos tablones como el resto del puente. Había en cada nave treinta soldados, y distribuyéronse entre todas noventa y siete piezas de artillería. A distancia de un tiro de arcabuz, así á la parte superior como á la inferior del puente, se colocaron dos hileras de grandes barcas, treinta y tres á cada lado, trabadas también entre sí como los bajeles del puente, formando como otros dos puentes flotantes; de cada uno de estos barcones salían unas gruesas y largas vigas á modo de dentellones con puntas de fierro, semejando como hileras de piqueros al frente de un escuadron, las cuales servían para abrigar el puente, deteniendo é impidiendo la aproximación de las naves enemigas.

Esta obra maravillosa, invención de Baroccio y fruto de los altos y atrevidos pensamientos del duque de Parma, ejecutada en medio de inmensas dificultades, se dió por terminada á los siete meses de emprendida (24 de febrero, 1585), con indecible alegría de los soldados de Farnesio, y con asombro y pavor de los de Amberes, que miraban aturridos la realización de aquello mismo de que meses antes tanto se habían reído y burlado (1). Quedó, pues, cortado y cerrado el Escalda para los sitiados de Amberes, mientras las tropas del monarca español pasaban con todo desembarazo por medio del puente de la provincia de Brabante á la de Flandes. *Anda*, le dijo el de Parma á un espía de los sitiados que cogió, *anda y di á los que te enviaron que este puente, ó ha de ser el sepulcro de Alejandro Farnesio, ó ha de ser su paso para Amberes.* Las únicas esperanzas de los cercados eran ya, un golpe de mano que intentaron contra Bois-le-Duc para ser socorridos por tierra, y la armada de Zelanda que había de auxiliarles por mar. Salióles fallida la primera empresa, conducida por el conde de Holak, causándoles gran destrozo los generales realistas Altapenne y Georgio Basta. Para mayor desconsuelo de los sitiados, Bruselas, el antiguo asiento del gobierno de los Países Bajos, acosado del hambre, y creciendo al par de la penuria las discordias, rindióse al fin al príncipe Alejandro, que en consideración á haber sido tantos años residencia de su madre Margarita, le otorgó las más suaves condiciones (2). Antes de un mes se le entregó también Nimega, capital de la provincia de Güeldres, quedando de este modo los de Amberes casi completamente aislados.

La armada de socorro de Zelanda no parecía, y es que el almirante Trelong, seducido con las largas ofertas que le había hecho el de Parma, la detenía con diferentes pretextos, hasta que los zelandeses, desconfiando de él, nombraron almirante á Justino de Nassau, hijo bastardo del príncipe de

(1) «Humanamente no se podría creer, decía Santa Aldegundis, que fuera posible cerrar con manos de hombres río de tal condición.»

(2) Los ciudadanos eran restituidos á la gracia del rey; obligábaselos á devolver lo que habían tomado á los católicos y á reparar los templos; no se les imponía multa pecuniaria; la gente de guerra saldría libre con sus armas y ropa, aunque sin desplegar banderas ni tocar cajas, y jurando no hacer armas contra el rey de España, los soldados en cuatro meses, los cabos en seis; los herejes podrían permanecer dos años en la ciudad para arreglar sus asuntos é intereses.